

RECUERDOS

LA MEDALLA DE ORO

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO
Conde de Canilleros

Vo fui de la juventud maurista. Mi abuelo paterno era el jefe del partido en la provincia de Cáceres. Desde muy niño viví en un ambiente de lealtad y admiración a don Antonio Maura. En un principio no sabía aquilatar ni discernir mi adhesión al ilustre hombre público: todos los de mi casa eran incondicionales suyos, y yo también lo fui. Cuando tuve edad para intervenir en política, me di cuenta de que no sentía afición alguna por ella, limitándome a adoptar solamente una postura en cuestión de régimen: ser monárquico. Ya entonces don Antonio estaba un poco postergado; pero precisamente por aquel periodo empecé a comprender toda la excepcional valía del más grande—acaso el único—de los estadistas españoles del reinado de don Alfonso XIII.

El paso del tiempo no ha hecho más que afirmar en mí la admiración por el patriota abnegado, el hombre de talento, el caballero sin tacha, al que no le cuadra el calificativo de político, sino el de Estadista, con mayúscula.

Era yo muy joven cuando conocí a don Antonio. Estuve con él varias veces: unas, acompañando a mi abuelo; otras, con don Juan Vitorica, Conde de los Moriles. Su figura imponía respeto. El gesto señorial, la palabra exacta, la mirada inteligente, la barba en punta, formaban un conjunto de hidalgo y apóstol.

Cuando pronunció su famoso discurso de la Plaza de Toros de Madrid se acuñaron medallas conmemorativas, con su efigie y esta frase,

pronunciada allí por él: «Sólo por el amor abnegado de sus hijos, vive la patria».

El Conde de los Moriles me regaló una de estas medallas. Como era de oro, la convertí en colgante del reloj y la usé durante muchos años.

Hubo un periodo en el que el nombre del gran estadista llenó la actualidad nacional. El «Maura, sí» y el «Maura, no», se pronunciaban por todas partes, patentizando una contradicción en torno a las innegables valía y honradez, que unos acataban y que para otros eran obstáculos en sus turbios manejos políticos. Como prueba de esta popularidad, se comentó por entonces el hecho de que llegase a sus manos una carta enviada desde el extranjero con esta escueta dirección: «Para don Antonio, en España». Los funcionarios de Correos no vacilaron sobre a qué don Antonio iba dirigida.

Otra anécdota diferente y graciosa me contaron también por entonces en el grupo de los adeptos al ilustre estadista, ocurrida cuando éste era presidente del Consejo de Ministros. Uno de sus hijos que se llamaba igual que él, muchacho joven y alegre, fué a parar una noche a una comisaría, juntamente con el Duque de Veragua, a consecuencias de un altercado ocurrido en una sala de baile. Cuando ambos jóvenes estuvieron ante el comisario, éste interrogó, dirigiéndose en primer lugar al hijo de Maura:

—¿Cómo se llama usted?

—Don Antonio Maura—contestó el interrogado.

—Déjese de bromas y no nombre aquí al señor Presidente del Consejo de Ministros—dijo muy serio el comisario.—Le pregunto cómo se llama usted».

—Le repito que yo soy don Antonio Maura—insistió el joven.

El comisario, furioso, ordenó al que escribía las diligencias:

—Ponga usted ahí que este individuo dice que es don Antonio Maura.

A continuación se encaró con Veragua, preguntándole su nombre:

—Perdone usted, señor comisario—dijo el Duque; pero no me atrevo a descubrir mi identidad. Si con mi amigo se ha puesto usted tan furioso, porque asegura que es don Antonio Maura, ¿cómo se va a poner conmigo, cuando le diga que yo soy Cristóbal Colón?

El escándalo que entonces armó el comisario fué tan grande como su asombro, al comprobar que ninguno de los dos jóvenes habían mentido, ya que el uno se llamaba como su padre, el Presidente del Consejo de Ministros, y el otro como su antepasado, el descubridor de América.

Supongo que la anécdota, de ser cierta, no debió hacerle mucha gracia a don Antonio, hombre de una rectitud y una seriedad sin límites.

Durante una de mis visitas, Maura reparó en su medalla, que yo llevaba como colgante del reloj.

—Agradezco la prueba de afecto que supone el llevarme ahí—dijo—: pero en política no cuentan nada los hombres, sino las ideas.

—Aquí hay una—aventuré, timidamente, señalando las palabras grabadas en la medalla.

—En efecto—dijo don Antonio—; la frase puede que no valga nada literalmente; pero marca una norma a seguir. Amar con abnegación a la patria, es el mejor camino para llegar a servirla.

Maura, que había nacido en Palma de Mallorca, en 1853, murió repentinamente el 13 de Diciembre de 1925, cuando bajaba las escaleras de *Canto del Pico*, el hermoso palacio campero que poseía en Torreldones el Conde de las Almenas. Pasó la mañana pintando acuarelas—su gran afición—desde una terraza. A las doce y media bajaba las escaleras con el Conde, al que de pronto dijo:

—¿Sabe usted que no veo?

Fueron sus últimas palabras, ya que seguidamente se desplomó como fulminado por un rayo, víctima de una angina de pecho. He visto la lápida que en *Canto del Pico* conmemora el lugar exacto de su muerte.

Unos años después, en 1931, España, a la que él había amado abnegadamente y servido con desinterés y lealtad, se veía envuelta en el torbellino antiespañol de una república laica. Más tarde, en 1936, surgió el Movimiento Nacional, para poner fin a aquel caos. Fué entonces necesario ofrecer a la patria, junto al personal esfuerzo, el oro que compensase el que los malos patriotas habían robado y remitido al extranjero. Yo reuní, para hacer entrega de ello, cuantas monedas y objetos

del rico metal encontré en mi casa; pero me resistía a incluir en el lote la medalla conmemorativa del discurso de Maura, porque estaba encariñado con ella en tantos años de usarla como colgante y porque era para mí un recuerdo de aquel gran hombre. No obstante, llegado el momento de ir a hacer la entrega, empecé a vacilar. En mis manos tenía la medalla y mis ojos miraban la efigie de don Antonio. Cuando iba a guardarla para quedarme con ella, lei la frase grabada allí; «Sólo por el amor abnegado de sus hijos, vive la patria».

Parecía como si un eco de su voz resonase en mis oídos, conminándome a hacer el sacrificio. «Amar con abnegación a la patria», me había dicho él. La mejor ofrenda a la memoria de don Antonio Maura y el mejor destino que podía dar a aquel recuerdo, era ofrecerlo a España. Y para España entregué, con los demás objetos, alegre por poder ofrecerle un sacrificio, la medalla de oro.



Doncel de Santiago⁽¹⁾

...Y Jesús, poniendo en él los ojos, le amó y le dijo:
«Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dalo
a los pobres, y ven y sígueme»

San Marcos, X, 20, 21.

Vestido de armas blancas,
con los gamos del alba besándole la frente
y los cabellos, blandos, peinados por los dedos
angostos de la brisa de la primera aurora;
como agudo picacho, como dardo de piedra
con la cumbre nevada del todo inaccesible,
sin pecado de huellas,
el cándido impoluto limpio de abajamientos;
como un joven San Jorge
con la adarga rendida y descubierto el pecho
y, en la diana roja,
la llama de Francisco caridando al hermano;
sin zurrón ni escarcela:
como el lirio y el pájaro de los que el Padre cuida:
con un volcán de fuego en las entrañas hondas
prietas de berrocales;
con un nido de alondras en el tierno posido
cantándote alboradas en los amaneceres;
con el norte, que riega un camino de estrellas
como lunas azules, que en los ojos te engarza
el lucero de plata de la mañana nueva;
en los labios, el verbo
tiene el ímpetu ardiente y la palabra amiga,
sin hiel ni diente agudo de reptil ni de fiera,
y el aliento suave de pan sin levadura
comido muy temprano;